

PREGUNTAS DE MANUEL PÉREZ ALCÁZAR PARA LA REVISTA "NUEVA REVOLUCIÓN". (Noviembre 2017)

Solo el trauma puede salvarnos todavía

1- Leyendo aquel viejo diálogo que mantuvimos una vez, entiendo la filosofía de *Ética del desorden* allí. Pensando en alguna de aquellas preguntas me viene a la cabeza ésta: ¿Qué sistema se esconde en tu libro?

"Se esconde": buena expresión, porque mi libro puede parecer un amasijo gigantesco de escenas. El desorden tiene un hilo, desde el inicio, pero hoy casi nadie lee con detalle, menos todavía un libro de más de cuatrocientas páginas. Si se hiciese, se vería cómo en la Introducción está ese hilo que explicita todo el *sistema*, pues se comienza con la tesis más vieja de la historia de la filosofía: la experiencia de que cada cosa, el sonido de este momento, resuena siempre en la enormidad de la mente, una mente cualquiera. De ahí que cada objeto singular tenga una resonancia cósmica, pues se abre a un "infinito en acto" al que no podemos escapar. Huyendo de esta experiencia del *absoluto local* que nos rodea, nos refugiamos perpetuamente en el deslizamiento propio de lo social. Pero entonces, al abandonar esa enormidad del reposo, perdemos la relación abierta con el común miedo mortal que nos daría vida.

En dirección muy distinta a la de Kant, mi libro defiende un "giro copernicano" hacia el misterio de los objetos. Si cada cosa (estas gotas de lluvia) ocurren en el recipiente absoluto de la mente, cada una entraña un enorme enigma y su *acontecimiento* sería lo único que podría sacarnos del autismo en el que vegetamos. La nota sobre el Dios de Leibniz en la Introducción, que casi nadie cita, se abre a la esencia de la existencia, a un *esencialismo* que pone la enormidad de lo imposible (la "locura proclamada en alta voz", dice san Pablo) en cada punto de experiencia. Desde ahí mi libro sostiene un *sistemaabierto* que está entero en cada parte, pues establece una conexión interminable entre cada fenómeno, por insignificante que sea, y el fondo sombrío que lo relaciona con cualquier otro. La corriente que se abre entonces solo es "desorden" si la miramos desde el sectarismo ideológico en el que estamos refugiados.

2- He anunciado en la reseña pasada que tu libro era "anticapitalista". También, que carecía de pretensiones directas de generar una sociedad nueva: ¿Cómo podría vivir alguien así en esta tierra?

Lo que asombra todavía es que se pueda vivir de otro modo, por ejemplo, de esta manera mutante que hemos adoptado como norma. *Ética del desorden* defiende que es necesario bajar al atraso de la tierra al menos con un pie, abandonando esta ficción social y tecnológica en la que nos sumergimos con los dos hemisferios cerebrales. Gracias a tal inmersión pueril nos pasamos el día entero flotando, suspendidos en una ondulación que nos libra de la finitud real. Nos es extraño que después seamos víctimas de retornos "vengativos" de esa exterioridad que hemos traicionado. Al abandonar el trauma de la dureza real, abandonamos también el único territorio desde el que podríamos ser libres, estar vivos y ejercer una fuerza. Por eso nos convertimos en empleados obedientes de la opinión colectiva y del dios social de turno, incluido el sistema médico que vive gestionando nuestro cuerpo y sus miedos neuróticos. Somos así víctimas de un sinfín de síntomas mentales y corporales (depresiones, miedos, fobias, nuevas enfermedades crónicas) que nos hacen inválidos, aunque tecnológicamente equipados. Alguien dijo que esta sociedad ha elegido la velocidad de huida, que es la de la metástasis, antes que detenerse a dialogar con la sombra de lo real. Me parece

una idea acertada.

3- En nuestra vida, como tú presentas, el cuerpo es vital para comprender nuestro entorno. Hace tiempo leí *La sociedad del cansancio*. Alguna vez hemos hablado de él, creo que al hilo de lo anterior. ¿Cómo mantenerse sano psíquicamente cuando todo es caos? ¿Qué hacemos cuando fallan los sentidos?

Si fallan los sentidos poco podemos hacer, excepto entregarnos al sistema de dependencia social y técnico que nos convierte en conejillos de indias, en sonrientes empleados de Supermercado global que nos usa como materia prima. Pero, la verdad, no creo que todo lo que nos envuelve sea caos. Reina más bien un orden social *minuciosamente* humillante: por una parte, la ley omnipresente de una economía despiadada, que entra en las relaciones, en los afectos y los cuerpos; por otra, una moralina asfixiante en el espacio público que persigue cualquier incorrección ridícula, moralina compatible con la obscenidad de los medios, del secreto privado y de la obscenidad política... Si nos pasamos la vida hablando del caos que nos amenaza (el cambio climático, el terrorismo, los inmigrantes, la violencia doméstica, la corrupción de los políticos) es para ocultar el desastre que *ya somos nosotros*, este cataclismo antropológico que está en marcha en nuestra mansa normalidad. Aquí jugamos con la vieja función *blanqueadora* de la información: es necesario que estemos rodeados de peligros externos, y que a los otros les vaya mucho peor a que a nosotros, para que nuestras vidas parezcan más dignas. Bajo de nuestra interminable normalización, basada en esa coartada de mil peligros externos, la verdad es que morimos lentamente a plazos. El escándalo de la "violencia de género", por ejemplo, nos ayuda a olvidar que el auténtico problema hoy no es el maltrato, sino la *ausencia de trato*, una soledad y una indiferencia generalizadas. Y así también en otros campos. Éste es el drama de nuestra obsesiva seguridad: la prohibición del peligro, y de todo lo trágico, en nuestras vidas ha agigantado el poder de las pequeñas neurosis que nos matan lentamente.

4- La pregunta obligada: ¿Qué relación tiene tu filosofía actual con la de aquel (no tan joven) Ignacio Castro del doctorado y su posterior *Votos de riqueza*?

Me temo que mucha, aunque se dieron significativos cambios. Hoy intento matizar mi estado de furia contra el mundo con la irónica serenidad que proviene de un presente ahondado y más común; en suma, con una revuelta metafísica que solo necesita un cambio de tono en las situaciones e incluye un pasado más vivo, una relación prohibida con el mundo de los muertos. También, por tanto, con la cercanía de una especie maravillosa, la de mucha gente vulgar que no es en absoluto "intelectual". Esto incluye, claro está, una cohorte de clásicos (Lispector, Simone Weil, Walser, Berger, Handke) que ha crecido en mi biografía, haciéndola más cercana a una humanidad que no le teme a las sombras. Me temo que me hago mayor al lograr esta especie de ironía, a la vez cruel y cariñosa, que envuelve mi cólera. La ira sigue ahí, pero armada de una paciencia que no necesita resultados inmediatos. En lo que a mí respecta, es como si me bastase con "marcar" los golpes, igual que en algunas luchas orientales. Como no hay sangre, mantengo el gesto de una agresividad sin empleo, el de una violencia inclusiva. Tal vez se escribe, apasionadamente, para dar un rodeo irónico que excluya la agresión... también una Revolución que ha revelado ser una mascarada.

No es conformidad, espero, sino cierta sabiduría que dan los años. Llevo mejor que antes la infamia de este presente porque creo haber aprendido a descifrar mejor sus signos ocultos, a veces (bajo la peor de las superficies) conmovedoramente humanos. Absteniéndome al máximo de juzgar moralmente, logré hacer amigos hasta en el infierno. No sé si esto significa que me estoy haciendo más viejo o, por el contrario, más jovial. ¿Moriré

entonces como si tuviera quince años? Me encanta esta última necesidad. Creo que era Epicuro el que nos recordaba que el hombre, para poder morir bien, ha de ser otra vez como un recién nacido.

5- Otra pregunta de bastante actualidad, aunque no dentro de la juventud politizada. Según tu posición y la del libro, ¿qué relación puede guardar el "yo" con el espacio político del conjunto?

El Yo es un invento del conjunto social, ese cuerpo colectivo que, para maltratar a fondo nuestra existencia, mima el resto narcisista que es la unidad atómica del espectáculo. El cuerpo genérico de lo que los militantes "radicales" llaman *capitalismo* (para poder encontrar en él un lugar alternativo), está conformado por *la huida*, a la vez masiva y personalizada. La velocidad de escape de millones de almas, dejando atrás su más íntima zona de sombra, es lo que mantiene este sistema social que lo es todo y a la vez nada, de ahí que todos estemos integrados en su niebla. La sociedad "del conocimiento" es la del aislamiento conectado: todos estamos integrados en este sistema de la dispersión, de la desintegración. En él tienen su asiento la empresa del Yo como una proyección, una estrategia de velocidad que no puede mirar hacia atrás sin volatilizarse. Bajo el dinamismo general se esconde, en este sentido, la rigidez miedosa de una estatua de sal. Así pues, la combinación de vanidad egocéntrica y abandono existencial es lo que mantiene el espíritu de sistema. Por el contrario, en cuanto uno, al menos ocasionalmente, traiciona con una mano el narcisismo del sujeto para dejar entrar unos rumores inmundos que la información no recoge ni por accidente, otra comunidad inmediata y otro modo de vivir son posibles.

Si la política es aburridísima, también con los patéticos eventos recientes, es porque en ese universo nadie se atreve a estar a solas con nada. La política se convierte así en un amago de "retorno de lo reprimido" que oculta el esplendor correcto de lo idéntico. La corrección es la primera corrupción. En el círculo virtuoso en el que todos giramos, nadie se atreve a decir ni hacer nada distinto. Por miedo a quedarnos solos, vivimos bajo el imperio de la comunicación y las modas. Es lo que se ha llamado el "terror de la inmanencia". Tal vez recordar otra vez que somos mortales nos ayudaría a llevar mejor esta humillante actualidad y a relativizar sus psicodramas, desde la angustia del paro hasta el tedio del trabajo.

6- Viendo algunas de tus presentaciones, y leyendo libros anteriores, no se duda que tu relación con la vanguardia filosófica actual es estrecha. Pero, pese a esa cercanía, nunca has estado ahí arriba. ¿Por qué tu relativo "anonimato" filosófico?

Estoy contento con él. Todos nos quejamos bastante, la verdad, y a mí no me faltan razones para ello: nadie te hace caso, no te llaman lo suficiente, tienes un escaso reconocimiento, etcétera. Tengo sin embargo, bajo mis quejas, mantengo una buena relación con el anonimato al que todos estamos prometidos. Es imprescindible entender, por mucho que hiera nuestro penoso narcisismo, que uno puede desaparecer y el mundo seguirá su marcha, sin que pase absolutamente nada. Alguien, es de esperar, soltará una lágrima. Y punto, se acabó. El secreto es parte central del juego. La vida, que nadie conoce y no va a "ningún lado", tiene que seguir. No olvidemos además que la tan ansiada popularidad es una de las peores formas de ser ignorado. Más de una estrella ha conseguido ocultarse tanto en el firmamento de la fama que después ya no es capaz de volver y encontrarse a sí mismo, ni recordar nada de una común existencia que solo puede ver en pantalla.

En mi caso... no sé, creo que soy alguien para mis amigos y algún que otro lector desconocido. Evidentemente, no tengo el público masivo de Žižek o de Lady Gaga, pero tampoco lo necesito. Es más, pienso que el éxito incluye una prisión temible y bastante

despreciable. En cuanto alguien es una estrella se vuelve estúpido: está encantado de haberse conocido y ya no puede seguir atento al virus de lo nuevo. Se vuelve abominablemente previsible, y esto resulta dañino hasta para la salud. Los famosos, como norma, viven casados con su propia imagen, en uno de los matrimonios más aburridos que existen. Por mi parte, soy marginal incluso con respecto a mí mismo: o sea, con frecuencia no tengo ni la más remota idea de qué esconde dentro. ¿No es esto emocionante? Guardo una buena relación con la clandestinidad, un poco como los iluminados, los pastores de cabras y los inmigrantes sin papeles. Dicho sea de paso, nunca hay suficiente "cobertura", ninguna vida tiene bastantes papeles. Por eso en el metro madrileño siento a la pobre gente (y a cierta hora el cansancio les hace a todos "pobres") como si fueran mis hermanos. Lamento mucho, de verdad, sonar tan arcaico.

Así pues, aunque me siga quejando, estoy muy contento de no ser nadie. Gracias a ser cualquiera, y pisar cada día el sucio suelo que otros ni miran, puedo seguir pensando e incluso, a veces, sentirme vivo. ¿Pueden decir lo mismo los políticos, las estrellas de los medios, tantos célebres profesores? A veces sí, lo sé, pues bajo la máscara inevitable del personaje público puede alentar la carne viva. Pero no es frecuente, como no lo es servir a dos amos al mismo tiempo: el éxito y la verdad. Así que mi anonimato es una fortuna: me permite respirar y, además, reaparecer por cualquier lado, como los fantasmas. De hecho, no sé los giros que me esperan. Ahora son las ocho de la mañana y, naturalmente, tengo planes para el resto del día. Pero no tengo ni idea de cómo ocurrirán realmente las cosas. Para bien o para mal, el accidente siempre es posible.

7- Hablando con otros colegas, también contigo, he tenido la sensación de que el mundo interno no puede ser sistematizado. Boris Vian utiliza una frase en *La espuma de los días*: "No busco la felicidad de los hombres, busco la de cada uno de ellos". ¿Podría ser generalizada tu filosofía del sobrevivir?

Vivir no tiene General. Cada cual debe apañárselas como pueda: así es la comunidad de la supervivencia. Mi libro no defiende ninguna fórmula general, pero tampoco ningún individualismo. No se le puede llamar fórmula a re-aprender cada día a existir. Aunque uno tenga muchos amigos, afrontar el sentido único de cada condición mortal es algo que se debe hacer a solas. Recorriendo esa senda sin modelos es cuando se pueden encontrar herramientas, amigos y armas, pero porque antes uno ha emprendido un solitario camino escarpado. La ideología de "compartir", durante todo el día, es muy empobrecedora y ofrece una falsa seguridad. En *Ética del desorden* recuerdo que la gente no tiene que leer a Emerson o a María Zambrano para saber qué hacer o cómo vivir. Respiramos en una madeja singular que cada cual debe desentrañar a su modo. No hay manuales de autoayuda para este laberinto mortal; solo los hay para imitar modelos estelares.

Habría que defender, supongo, una especie de "comunismo neuronal" compatible con *cualquier* ideología política, con distintas culturas y posiciones sociales. Lo importante, incluso políticamente, es *cómo* se existe: que una persona tenga buena relación con la duda y sea capaz de atender otra vez al afuera. Soy de la idea de que aceptar la ley de la gravedad ya implica un vuelo, aunque no lleve a ninguna parte más que a conocerse a sí mismo. ¿Es esto individualista? En absoluto, es el comienzo de otra posible comunidad, del único comunismo posible, agazapado potencialmente en cualquier situación.

8- Calmando un poco la tensión de la conversación: ¿Por qué este libro? ¿Para quién? ¿Te da miedo su larga dificultad?

Dije en otra ocasión que este libro fue irremediable, no pude hacer otra cosa. No es que no

sepa hacer otra cosa. Es algo peor, no pude en absoluto evitarlo. De hecho, intenté desesperadamente no ser filósofo, ni siquiera un hombre de letras. Pero todos los intentos de ser "normal" fueron vanos. Finalmente, ironías de la vida, he hecho un libro sobre lo *no elegido*. Lo cual significa, supongo, que he aceptado el estupor común de mi propio destino. Creo que era Nietzsche quien decía que toda la tarea del pensamiento consistía en aceptar la cifra de nuestro propio rostro en el espejo. La tarea de la filosofía es de la vida más ordinaria, el trabajo interminable de darle forma a una necesidad de supervivencia que no cesa. Si la filosofía dona algo común, que vale para otros, es a partir de este desamparo intransferible. El resto es cultura, un *bla, bla, bla* bastante policial y aburrido.

9- Como seguidor del filósofo danés Kierkegaard, y sabiendo que tu libro es bastante "hegeliano" a pesar del rechazo del primero... ¿Cómo has conseguido relacionar sus ideas?

Todo mi libro intenta relacionar opuestos, buscar el hilo delgado de un terreno común. ¿Cómo? Buscando la potencia, la posibilidad minoritaria que esconde lo aparentemente grande y consagrado. Como encaro un territorio inmediato y elemental, puedo permitirme el lujo de intentar tomar en serio a pensadores muy distintos. Y esto no tanto por lo que dijeron como por lo que realmente *hicieron*: reventar la imagen de una época al ponerla frente a su envés de penumbra, una región *ahistórica* que no nos deja. Descendiendo a ese sucio y bendito suelo hasta Hegel es otro, en íntima relación con los detalles de Schelling, de Feuerbach, Kierkegaard o Stirner... Me temo que, en este punto, mi operación está muy lejos de la de Marx. Yo me ocupo de lo que para él era una "neblina metafísica". La niebla que somos, ése es mi tema. La neblina que es nuestro poder histórico, con esta orgullosa voluntad de *flotar*, es lo que intento arruinar en mi libro, mirando por debajo de nuestra radiante alfombra.

10- Yéndome a otro autor: Cioran. En su libro de conversaciones le preguntan innumerables periodistas sobre su relación con el suicidio. En tu libro, la sombra del suicidio aparece y me veo obligado a hacerte esa misma pregunta: ¿Cuál es tu relación con él y con el dolor? ¿Podría haber surgido un libro así sin ese acercamiento al trauma?

Efectivamente, en la parte IV, "Vivientes", le dedico un capítulo a la cuestión del suicidio, que es tan vieja como la misma humanidad. Pero todo mi libro está recorrido por una "sensación de peligro" sin la cual, creo, no podemos vivir. En cuanto al suicidio, tema clásico de la literatura y la filosofía, diré que es un pensamiento mucho más común de lo que se reconoce en público. Todos hemos pensado alguna vez en eso, lo que muestra otra vez que la muerte, algo común que a todos alcanza, no es esencialmente negativa. La comprensión trágica y desgarrada de la muerte es aún parcial, pues esa noche está en el centro de la vida, en la pulpa de los días. La vida es mortal; si no, no sería vida. De hecho, cuando el hombre rehúye aceptar la muerte su biografía pronto decae, convirtiéndose en una especie de muerto en vida. Entonces los seres humanos se adormecen en un estado larvario: demasiado muertos para vivir y demasiado vivos para morir. Es posible que este penoso estado sea hoy frecuente. Para suavizarlo, sería necesario afrontar la condición mortal, a ser posible con buena cara y un ánimo jovial. Por eso no es obligatoriamente ofensivo el aire de naturalidad y desenvoltura que se respira en muchos entierros.

Bajo muy distintos ropajes sociales, la gente sufre mucho más de lo que reconoce. Y hay casos donde es comprensible que alguien decida quitarse la vida, cosa que además se puede hacer de manera disfrazada. Me niego drásticamente a quitarle al hombre esa última posibilidad, cuando a veces es lo único que le queda, y hablar del suicidio como una "enfermedad". Si el suicidio es una enfermedad, la humanidad es también una enfermedad.

Me niego a aceptar este nihilismo. En realidad, nada importante se aprende a través de la cultura, sino de la más cruda experiencia. Es muy normal por eso que una persona sencilla sea mucho más sabia, y menos inmoral, que una célebre figura pública. Porque, finalmente, el dolor y lo traumático es la gran escuela del hombre, un curso de formación permanente (aunque muy caro, pues lo pagamos con nuestra carne) que puede incluso librarnos de las tonterías que la información nos inyecta a diario.

11- ¿Qué opinas del nuevo optimismo generalizado? ¿Podría ser una especie de pesimismo disimulado? ¿Esconder las miserias de un presente no prometedor bajo la alfombra de un "esfuérzate para mejorar"?

Tal vez ese optimismo solo es generalizado en la imagen pública de la sociedad y en los medios. Se trata de un optimismo inyectado, donde la procesión va por dentro. En ese caso, claro está, se trata de un pesimismo disimulado. Fijémonos en algo sencillo: cuando alguien es realmente optimista en cuanto a la vida, que es muy dura, necesita (también para retarse y jugar) ser pesimista en cuanto a la sociedad y la historia. Al contrario, cuando alguien es pesimista en cuanto a la existencia, porque le asusta su irregularidad, ha de agarrarse a un optimismo social, histórico o tecnológico. Así pues, como nos recordaban Nietzsche y Deleuze, existe un pesimismo de la fuerza: un optimismo neuronal que suele recubrirse con un "pesimismo" histórico que necesita buscar líneas de choque para liberar la vida y volver a hacerla secreta. Lejos de lo que con frecuencia pensamos, detrás de la gente "violenta" existen con frecuencia corazones sensibles que ya no podían más con la vergüenza de este mundo. Los humanos de buenos sentimientos suele ser muy peligrosos, pues pueden llegar a hablar y actuar desde sí mismos, de ahí que la sociedad siempre los quiere en los márgenes. Creo que, sin hacer paralelismos fáciles, Sócrates, Cristo, Machado, Rilke o Nick Cave pueden pertenecer a este linaje. También Marilyn, Kurt Cobain o Amy. Como ves, estamos potencialmente muy bien acompañados. Lástima que hayamos traicionado tantas sombras que podían ser amigas.